

NOSOTROS, NO
por José Bernardo Adolph

2 Aquella tarde, cuando tintinearón las campanillas de los teletipos y
fue repartida la noticia como un milagro, los hombres de todas las
latitudes se confundieron en un solo grito de triunfo. Tal como
4 había sido predicho doscientos años antes, finalmente el hombre había
conquistado la inmortalidad en 2168.

6 Todos los altavoces del mundo, todos los transmisores de
imágenes, todos los boletines destacaron esta gran revolución
8 biológica. También yo me alegré, naturalmente, en un primer instante.
¡Cuánto habíamos esperado este día!

10 Una sola inyección, de cien centímetros cúbicos, era todo lo que hacía falta
para no morir jamás. Una sola inyección, aplicada cada cien
12 años, garantizaba que ningún cuerpo humano se descompondría nunca.
Desde ese día, sólo un accidente podría acabar con la vida
14 humana. Adiós a la enfermedad, a la senectud, a la muerte por
desfallecimiento orgánico.

16 Una sola inyección, cada cien años.

Hasta que vino la segunda noticia, complementaria de la primera.
18 La inyección sólo surtiría efecto entre los menores de veinte años. Ningún
ser humano que hubiera traspasado la edad de crecimiento
20 podría detener su descomposición interna a tiempo. Sólo los jóvenes serían
inmortales. El gobierno federal mundial se aprestaba ya a
22 organizar el envío, reparto y aplicación de las dosis a todos los niños y
adolescentes de la tierra. Los compartimentos de medicina de los
24 cohetes llevarían las ampollitas a las más lejanas colonias terrestres del
espacio.

26 Todos serían inmortales.

 Menos nosotros, los mayores, los adultos, los formados, en
28 cuyo organismo la semilla de la muerte estaba ya definitivamente
implantada.

30 Todos los muchachos sobrevivirían para siempre. Serían inmortales de
hecho animales de otra especie. Ya no seres humanos; su
32 psicología, su visión, su perspectiva, eran radicalmente diferentes a las
nuestras. Todos serían inmortales. Dueños del universo para siempre.
34 Libres, Fecundos . Dioses.

36 Nosotros, no. Nosotros, los hombres y las mujeres de más de veinte
años, éramos la última generación mortal. Éramos la despedida, el adiós,
37 el adiós, el pañuelo de huesos y sangre que ondeaba, por última vez,
sobre la faz de la tierra.

40 Nosotros, no. Marginados de pronto, como los últimos abuelos,
de pronto nos habíamos convertido en habitantes de un asilo para
42 ancianos, confusos conejos asustados entre una raza de titanes. Estos
jóvenes, súbitamente, comenzaban a ser nuestros verdugos sin
44 proponérselo. Ya no éramos sus padres. Desde ese día éramos
otra cosa; una cosa repulsiva y enferma, ilógica y monstruosa.
Éramos Los Que Morirían. Aquellos Que Esperaban la Muerte. Ellos
46 derramarían lágrimas, ocultando su desprecio, mezclándolo con
su alegría. Con esa alegría ingenua con la cual expresaban su
48 certeza de que ahora, ahora sí, todo tendría que ir bien.

50 Nosotros sólo esperábamos. Los veríamos crecer, hacerse
hermosos, continuar jóvenes y prepararse para la segunda inyección,
una ceremonia –que nosotros ya no veríamos– cuyo carácter
religioso se haría evidente. Ellos no se encontrarían jamás con Dios.
52 El último cargamento de almas rumbo al más allá era el nuestro.

54 ¡Ahora cuánto nos costaría dejar la tierra! ¡Cómo nos iría
carcomiendo una dolorosa envidia! ¡Cuántas ganas de asesinar
nos llenaría el alma, desde hoy y hasta el día de nuestra muerte!

56 Hasta ayer. Cuando el primer chico de quince años, con su
inyección en el organismo, decidió suicidarse. Cuando llegó esa
58 noticia, nosotros, los mortales, comenzamos recientemente a amar
y a comprender a los inmortales.

60 Porque ellos son unos pobres renacuajos condenados a prisión
perpetua en el verdoso estanque de la vida. Perpetua. Eterna. Y
62 empezamos a sospechar que dentro de 99 años, el día de la
segunda inyección, la policía **saldrá** a buscar a miles de inmortales
64 para imponérsela.

66 Y la tercera inyección, y la cuarta, y el quinto siglo, y el sexto; cada
vez menos voluntarios, cada vez más niños eternos que imploran la
evasión, el final, el rescate. **Será** horrenda la cacería. **Serán** perpetuos
68 miserables.

Nosotros, no.

